

Mantener las distancias

Dominique Wolton *

¿Y si todo esto fuese verdad? ¿y si asistiéramos por fin a un cambio positivo, que no amenazara a nadie y que resolviera -los problemas de soledad y de comunicación de nuestras sociedades? ¿y si por una vez se pudiera confiar en el progreso científico y técnico, sin la aprensión que rodea lo nuclear, la conquista del espacio o la biología? ¿Si, en fin, se tratara de una revolución pacífica, universal, convivencial, en todas direcciones? Sería una revancha del progreso respecto a tantas decepciones y angustias.

Mantener esas distancias y su espíritu crítico es, pues, tanto más difícil por cuanto intuitivamente todos deseamos dejamos arrastrar por las promesas de la modernidad y tememos que se nos tache de «cascarrabias» y de «frioleras». ¿Cómo, en sentido opuesto, mantener las distancias respecto al otro discurso, ultrapesimista, que denuncia las desviaciones de la comunicación en las múltiples industrias del mismo nombre y no ve en el tema de la sociedad de la información más que la marca de una nueva dominación? En breve, es difícil mantener esas distancias cuando, *en veinte años*, todo ha sido anunciado o denunciado, a veces realizado, a veces olvidado, y nuestras sociedades se encuentran finalmente hartas de todas las promesas del infierno o del paraíso de las técnicas de comunicación. Conservar las distancias equivale a conjugar cinco verbos: distinguir, reglamentar, relativizar, ralentizar, revalorizar.

I. Distinguir

Es, sin duda, la palabra maestra. ¿Por qué? Porque del lado de las técnicas se asiste, por el contrario, a una *integración* creciente de la informática, de las telecomunicaciones y de lo audiovisual, que permite, *más abajo*, servicios integrados individualizados, interactivos, universales, poco costosos, que han contribuido a difundir el tema de *la sociedad de la información*. Al integrar servicios ayer separados, se ha popularizado la idea de servicios *universales*. de la información y de la comunicación, así como el tema *sintético* de la sociedad de la información. Éste no habría tenido el éxito

* En: Wolton, Dominique. "Sobre la comunicación. Una reflexión sobre sus luces y sombras". Madrid: Acento Editorial, 1999. Quinta parte: cap. 15.

que todos sabemos si no se hubiese comprobado la *eficacia* de esta integración creciente. Distinguir, reintroducir el juego, mostrar el carácter hipotético, incluso discutible, de ciertas promesas, es tanto más necesario por cuanto al individuo se le *exige* elegir: si se adhiere, ha de ser totalmente; si titubea o critica, se le descalifica. Entre los dos, nada de discusión, de argumentación, de debate, cuando es ese *espacio discursivo* el que haría falta crear para evaluar, relativizar, jerarquizar las promesas: distinguir lo que parece verosímil de lo que resulta más incierto.

Entre las numerosas distinciones que habría que establecer, se imponen estas dos. *Primera distinción: jerarquizar innovación científica y técnica; aplicación y servicio.* No se pasa *directamente* de una a otra, porque las «resistencias» sociales, culturales, institucionales, aumentan a medida que se evoluciona desde el nivel de la técnica al de la realidad empírica. La historia de las ciencias y de las técnicas está abarrotada de descubrimientos que nunca han sido aplicados, o lo han sido en un plazo radicalmente diferente del que estaba previsto, o según modalidades totalmente imprevistas. Hay siempre una lejanía de la ciencia a la técnica, y de la técnica a la sociedad. Basta ver cómo el teléfono, que fue la primera ruptura en las técnicas de la comunicación, fue no sólo objeto de múltiples controversias, sino sobre todo de calendarios de implantación diferentes en los diferentes países. Evidentemente, el hecho de que se trate de técnicas de comunicación refuerza la ilusión de un lazo directo entre ciencia, técnica y sociedad, porque, en general, al invertir en una *técnica* capaz de resolver un problema *social* y cultural se queman las etapas entre esos tres estadios. Hoy, la *fuerte* demanda de comunicación, no satisfecha en la sociedad, explica las inversiones, *en* todos los sentidos del término, en las nuevas técnicas de comunicación.

Esta distinción que ha de mantenerse entre los tres niveles (descubrimiento, aplicación y servicio) ha de ponerse en paralelo con lo que depende del conocimiento estricto (descubrimiento), de la batalla industrial (aplicación) y de la reglamentación (servicio). No hay nada peor que mezclar los problemas ligados a la demanda potencial con los que corresponden a la competencia industrial" o las políticas de investigación. En la *realidad*, los actores, sobre todo industriales, deseosos de ocupar los territorios en los que la competencia es intensa, han hecho todo lo posible por mezclar los planes, lo que es normal. ¡Pero los actores económicos no son los únicos actores «legítimos» de la sociedad!

Segunda distinción: separar en los nuevos servicios lo que se refiere claramente al trabajo, los servicios, la educación, el ocio. Las diferencias entre trabajo, educación,

servicios... no desaparecen porque *todo* se haga a partir del mismo terminal. Lo característico de la ideología técnica consiste en hacer creer que el uso de la misma herramienta crea una integración. El uso del mismo teclado no cambia nada la heterogeneidad de las actividades a las que se accede... Tanto parecen fáciles las aplicaciones para el sector del *ocio* y de los *servicios*, cuanto son muy complicadas para el *trabajo*, la *educación*, la *salud*. Pero se enmascaran muy a menudo las dificultades de los segundos detrás de las facilidades de los primeros. Como si los experimentos de tamaño natural, en un terreno, fueran a servir directamente en el *otro*. Sin embargo, los hechos deberían hacernos prudentes. Ya hace veinte años que se promete «la explosión del teletrabajo, que debe a la vez desconcentrar las ciudades, facilitar un trabajo inteligente, llevar el trabajo al campo, crear nuevas solidaridades». El teletrabajo sigue siendo, en realidad, marginal (menos de 100.000 empleos hoy; menos de 200.000 en el año 2005), y las dificultades aumentan a medida que se aplica. Pero en lugar de reconocer que las dificultades están ligadas a la *complejidad* de eso que se llama el *trabajo*, se responde que mañana una nueva generación de instrumentos permitirá resolver todos los problemas. En otras palabras, se tecnifica el problema y se rechaza admitir que en la automatización de las tareas se tropieza pronto con dificultades de división y de organización social del trabajo poco compatibles con una cierta visión del trabajo automatizado. La cuestión no es reciente: se ha planteado desde las primeras automatizaciones del trabajo humano en los años treinta y cincuenta¹. ¿Quién lo ha entendido entonces? El carácter más sofisticado de las herramientas, medio siglo más tarde, no ha cambiado esa problemática de la distancia, incompresible, entre la complejidad e interactividad del cerebro en las situaciones de trabajo y las ineluctables simplificaciones que implica la automatización de las tareas y de las funciones. En otro terreno, las repetidas dificultades desde hace treinta años en materia de traducción automática o de inteligencia artificial en los sistemas expertos deberían también hacernos más modestos... Una de las cuestiones centrales es la de saber hasta dónde es posible individualizar las relaciones de trabajo, de educación, de salud, de ocio... ¿Hasta dónde ese tipo de tareas es organizable de un modo interactivo del sistema de información, y a partir de cuándo el avance logrado por tal individualización pasa a ser contradictorio con, por ejemplo, la necesidad inextinguible que tienen los seres humanos de vivir en colectividad? Por otro lado, cuanto más sofisticadas son las actividades, mayores problemas plantea la automatización -que supone una cierta estandarización.

¹ Cfr. todas las investigaciones de los sociólogos del trabajo, que dedicaron numerosos estudios a la cuestión de la automatización del trabajo entre 1960 y 1980: G. Friedmann; A. Gortz; P. Naville; A. Touraine; S. Mallet; M. Crozier; R. Tréanton...

La cuestión central no es, además, automatizar el acceso a la información, sino la de saber: ¿para qué uso? Y la respuesta es radicalmente diferente según los campos de aplicación. ¿me qué información tenemos realmente necesidad y para hacer qué? Nadie consume «información» en sí misma, y ésta sólo existe *en relación* con una capacidad de interpretación, de selección y de reorganización que varía de un individuo a otro y de una actividad a otra. El individuo no está jamás solo con una máquina: está siempre en sociedad, en interacción con otros problemas, otras lógicas, otras referencias, que ineluctablemente interfieren con las tareas cognitivas. En resumen, no existe ningún lazo entre el aumento del volumen de informaciones disponible y el aumento de su utilización. Cuantas más informaciones hay, más importantes son los filtros de los saberes y de los instrumentos culturales necesarios para su utilización. En otras palabras, las desigualdades culturales de acceso y de utilización crecen a medida que se pasa de las informaciones para los servicios, o el ocio, a las informaciones ligadas al teletrabajo o a la teleeducación. *Distinguir consiste, pues, en romper el discurso que confunde simplicidad de acceso con jerarquías de competencias.* Estas no cambian. Si puede haber igualdad de acceso, no hay igualdad en la capacidad de utilización. Las desigualdades de saber no se modifican con la simplificación del acceso y de la utilización.

En este orden de ideas se impone otra distinción: las *necesidades* de nuevos servicios (y ante todo los más inmediatamente utilizables como son el correo electrónico y el acceso a las bases de datos) no son idénticas según se esté en el Oeste o en el Este, en el Norte o en el Sur. Los países ricos del Norte de Europa y de la Europa del Oeste viven ya en un universo saturado de información. Por el contrario, para la antigua Europa del Este, la necesidad es *inmensa*. El correo electrónico, por ejemplo, es un medio cómodo y rápido de intercambios, que permite remediar las carencias de los sistemas de información tradicionales, a menudo escasos, del teléfono o de la informática, y de romper las redes tradicionalmente centralizadas de comunicación. En los dos casos se ve la ventaja de esos servicios, pero no obstante se plantea una cuestión: ¿cuál es el precio del acortamiento de circuito permitido, por ejemplo, por el correo electrónico? En efecto, es conforme al tiempo de la modernidad, pero el tiempo de la Europa del Este y de los países del Sur no es quizá idéntico al de los países del Norte. Y al querer acelerar demasiado, se crean desequilibrios en el seno de esos países y entre ellos y los países ricos. En otras palabras, no sólo las *necesidades reales* no son las mismas según el Este, el Oeste, el Norte y el Sur, sino que igualmente la rapidez de los instrumentos introduce distorsiones y desequilibrios en el seno mismo de los países beneficiarios.

li. Reglamentar

Se considera a menudo que la mundialización de las técnicas de comunicación es la condición de la globalización de la economía y la fuente de todos los progresos. He aquí la ecuación diabólica que se ha hecho fuerte desde hace una veintena de años y cuyo tercer término se llama desreglamentación².

Ahora bien, el reto de la mundialización, para la comunicación, es simple y esencial: reglamentar o suscitar reacciones identitarias violentas. Contrariamente al ingenuo discurso modernizador, las nuevas técnicas no pueden nada contra la violencia política o religiosa. O, por decirlo de otra forma, no son las parabólicas las que harán razonar al fundamentalismo, sino más bien el fundamentalismo el que instrumentalizará las parabólicas o las prohibirá. Hace veinte años podía pensarse que el mejor medio de luchar contra los regímenes autoritarios era abrir las fronteras. ¿Qué comprobamos hoy? La apertura se ha realizado, con las perspectivas de la mundialización por satélites, Internet y otras redes mundiales, pero esto no desestabiliza a esos regímenes autoritarios. Peor: suscita resistencias identitarias en las que se amalgaman apertura e imperialismo. Principalmente en los países del Sur, donde el fundamentalismo religioso encuentra en la lucha contra el occidentalismo -identificado a la ideología y a los intereses de la apertura- uno de sus recursos favoritos. La idea largo tiempo dominante según la cual se favorecía, a través de la apertura, el comercio, los intercambios, la desreglamentación en definitiva, una mejor comprensión, y al final la democracia, encuentra hoy su límite. Justamente porque hoy, al contrario que en el siglo pasado, *todo es apertura*. La apertura no garantiza ya la democracia. Las tiranías saben ahora manejar apertura económica y cerramiento político, y volver contra nosotros los valores de la comunicación. La *apertura* y la *mundialización* ya no *bastan* para ser *identificadas* al *progreso* y a la *democracia*, sobre todo desde que los países pobres han comprendido cómo los *valores* mundialistas de Occidente coincidían, a través de las técnicas de comunicación y el comercio mundial, con sus únicos *intereses*. Lo que significa: atención al *boomerang* de la *comunicación*. Occidente no se da cuenta suficientemente de hasta qué punto se percibe la mundialización, que es su ideología, ligada a sus intereses, como un factor de desestabilización: económica, social y cultural.

¿Hasta dónde lo que es bueno para la economía es bueno simultáneamente para las sociedades? Una vez más encontramos esta contradicción entre lógica capitalista y

² Renaud de la Baume y Jean-Jérôme Bertolus hablan además de una «deificación de la competencia» orquestada por «Les Nouveaux Maitres du monde» (Belfond, 1995).

realidades sociales y culturales. Todo el problema reside en el hecho de que ya no hay un *vínculo directo* entre *mundialización* de las *técnicas* y *progreso* de la *comunicación* en *el sentido democrático* de la palabra, es decir, mejor comprensión mutua. Incluso es al revés. Si se quiere mejorar la comprensión entre los pueblos, las culturas, los países ricos y los otros, hay que *imponer* las condiciones a la comunicación, es decir, *ir contra* la corriente dominante de los intereses y de las ideologías, es decir, reglamentar. *Cuanta más comunicación* hay, *más reglas hacen falta*. Cuanto más recordemos que no hay un público mundial, un acontecimiento mundial, un ciudadano mundial, un espacio público mundial, comprenderemos mejor los límites del discurso mundialista y las necesidades de una reglamentación como medio de preservar las diferencias.

Si bien puede existir eventualmente una economía globalizada, no hay sociedad globalizada, y, a fortiori, comunicación organizada. Si bien las técnicas y los mercados pueden ser internacionales, los públicos siguen siendo siempre nacionales, incluso si reciben los mismos programas y utilizan los mismos ordenadores. Los irredentismos no se crean *ipso facto*. Desde hace medio siglo surgen *como reacción* a este enorme movimiento de identificación del progreso con la mundialización.

Decir que «los retos son mundiales» es retomar a su cuenta los discursos de los actores cuyos intereses son efectivamente mundiales. Si no, se mantiene otro discurso cuyo objetivo es ante todo amplificar las desigualdades y respetar las diferencias. Si no se organiza la comunicación sobre la base de las identidades nacionales, culturales, lingüísticas, surgirá un «*identitario*» de *rechazo*, muy diferente del que existe actualmente en el seno de toda sociedad. El surgimiento de este «*identitario de rechazo*» sería la prueba del fracaso de todos los valores occidentales.

Tener en cuenta esas señas de identidad es, pues, también el medio de salvar la referencia a *lo universal* para no identificar mundialización y universalismo. Lo esencial, como hemos visto, es romper *esta ilusión según la cual la mundialización* sería la *encarnación* de *lo universal*, y recordar que la *identidad* no es el obstáculo al universalismo, sino su condición. Si Occidente no llega a inscribir la capacidad mundialista de las técnicas de comunicación en la realidad de las identidades socioculturales de la comunicación, pone en pie los instrumentos de su propia *destrucción*. De todos modos, el carácter naturalmente progresista» de la mundialización es discutible. Desde luego, la mundialización de las técnicas de comunicación ha sido un instrumento formidable para todos los disidentes de los países comunistas y para todos los combatientes de la libertad contra las dictaduras. Los disidentes de la Europa del Este

y de la ex URSS han sabido sacar provecho de esta mundialización de la información, lo mismo que las ONG, principalmente con la llamada al tema de la comunidad internacional. El movimiento humanitario, a partir de los años 70, ha hecho lo mismo. Pero el *terrorismo* utiliza hoy, también con toda eficacia, la mundialización de las técnicas de comunicación, y sabe muy bien cómo repercutir su acción, con la misma eficacia que los media, en el plano internacional.

Hay que desplazar, en fin, la problemática falsa, aunque seductora, según la cual *las nuevas técnicas de comunicación permitirían reducir las distancias entre el Norte y el Sur*, y también en el seno de los países desarrollados. En realidad, el subdesarrollo tiene más numerosas y complejas causas que el acceso a la información. Más aún que para los países ricos. Conceder demasiado sitio a la información en las causas del éxito, o el fracaso, del desarrollo, es subestimar ampliamente las *otras* dimensiones (alfabetización, educación, salud, capacidad de producción agrícola, organización de los mercados de materias primas, política urbana...). Y ante todo, las capacidades de movilización -social, cultural y política-, que no tienen nada que ver con un acceso más rápido a Internet... No es posible *reducir* el desarrollo de los países del Norte desde hace ciento cincuenta años a una problemática de la información. A fortiori para los países del Sur que manejan dimensiones antropológicas todavía más numerosas y complejas. Ahí se encuentra una equívoca *reducción* de las causas de desarrollo a un solo factor. Y sospechosa, dado el isomorfismo de ese razonamiento a las ideologías de la información. Hacer de la información el valor central de la economía y de la sociedad es simplemente hacer una jugarreta y confundir la dimensión funcional de la información con su dimensión normativa. Es transformar Internet, símbolo de la ideología funcional de la comunicación, en arquetipo de la información normativa.

lii. Relativizar

Hay que destacar tres direcciones para ver con «perspectiva» las promesas de la revolución de la comunicación. Las nuevas técnicas de comunicación no resuelven mejor la relación *individuo-masa* que los media de masas. Por supuesto, se presentan como el medio de resolver el problema delicado de nuestras sociedades: el de la relación entre la escala individual y la escala colectiva. Sin embargo, como he explicado en la segunda parte, el problema principal hoy es menos el aplastamiento del individuo por la cantidad, que el desgarramiento del vínculo social, y la desocialización. ¿En qué se convierte el vínculo social en la sociedad si todo va en el sentido de la individualización? Las nuevas técnicas de comunicación no permiten *reequilibrar* el vínculo entre el individuo y la

cantidad de personas; las técnicas no son la postcomunicación de masas, y constituyen más el *retrovisor* que el proyector. Al valorar esencialmente la demanda y no la oferta, no modifican la problemática del «estar juntos». En efecto, a través de la demanda y de la interactividad se anudan los lazos, pero aquí la problemática es la del mercado y no la de un proyecto cultural. Las nuevas técnicas reúnen a aquellos que *hablan ya* el mismo lenguaje y pertenecen a la misma cultura. La televisión, con sus torpezas y sus enormes insuficiencias, se dirige a todo el mundo. Y la proliferación del número de canales no cambia nada esta problemática del «estar juntos». En realidad, las nuevas técnicas de comunicación son *lo simétrico* de los media de masas respecto a la cuestión central de la *integración* cultural, sin desplazarla ni mejorarla.

Sigue habiendo, por otra parte, una considerable desproporción entre el *tamaño* de los retos económicos y la *modestia* de las aplicaciones y los servicios. Una de las fuerzas del discurso de las técnicas de comunicación reside en el hecho de presentarse como universal. En realidad, no es nada, por dos razones. La primera se refiere a la *desproporción* entre los discursos y la realidad de los mercados. Por el momento, nos encontramos en la fase de la constitución de los grandes grupos del sector, no de la definición de los servicios ni de la organización de los mercados. En efecto, cada grupo industrial hace *dumping* para distinguirse de sus competidores, anunciando «para mañana» el lanzamiento de un producto revolucionario, pero en la realidad los servicios no están preparados. En la guerra psicológica que libran los grupos industriales, cada uno marca su territorio, pero los mercados van más despacio que los discursos.

La segunda dirección está ligada al problema, ya evocado, de los *límites de la prospectiva*. Lo que ha de cambiar es «considerable», pero los calendarios de experimentación tienen siempre retraso y se basan sobre todo en escalas de aplicación más modestas. ¿Qué relación hay entre los acuerdos laboriosos entre operadores, los poderes públicos, los suministradores de servicio, los 2.000 a 5.000 hogares, a los que hay que convencer del interés de la experimentación, y además el *discurso* sobre la sociedad de la información? Es un poco como si cada vez la montaña diera a luz un ratón. Pero como los experimentos, apenas comenzados, son ya repercutidos y comentados en los cuatro rincones del mundo, citados en los coloquios científicos y comerciales, se tiene la sensación contraria de una *multitud* de experimentos, cuando se habla siempre de los mismos. El Lejano Oeste *jurídico* y la ausencia de normas acentúan ese fenómeno, que cuenta además con la garantía laudatoria de los medios científicos. Con el pretexto de que éstos recurren mucho a esos sistemas de información, y cada vez

más a nivel mundial, se llega a la conclusión de que será igual para todo el mundo. Pero hay muchas diferencias entre los científicos y el gran público...

Por ahora, el *único* resultado concreto de la ausencia de reglamentación no proviene de una capacidad superior de creación original, sino más bien de la utilización de esos sistemas de información para causas más turbias: droga, mafia, pornografía... Prueba, una vez más, de que una libertad sin obligaciones no es siempre sinónimo de progreso. Y contrariamente al discurso ideológico ambiente, es perfectamente posible reglamentar Internet, en cuanto los poderes políticos lo desean³. Todos los juristas que trabajan sobre las nuevas técnicas de comunicación disponen de los conceptos, referencias y métodos para racionalizar

y organizar lo que hoy se presenta como una especie de universo «orgiástico» de la información, en el que cada uno hace lo que quiere y cuando quiere. Internet se ha convertido en el fantasma de un planeta, llegado al extremo de la desreglamentación, e ilustra el síntoma -a examinar- del deseo violento de suprimir toda obligación. Una vez regulado, Internet encontrará, y esto es normal, las dificultades de las otras experimentaciones. La elección se hará así progresivamente entre dos tipos de aplicación radicalmente diferentes. Por un lado, las informaciones de *servicios* y de *intercambios* accesibles a todos que constituyen un amplio mercado, una especie de super-Minitel o de ordenador familiar. Por otro, servicios *especializados* que requerirán una competencia técnica para ser eficaces, y que ilustran el problema universalmente conocido según el cual la comunicación especializada, cualquiera que sea el tema (astronomía, física, química...) requiere un saber compartido, unas competencias y una pericia mutua para ser eficaz.

La cuestión central ya no es hoy el acceso a la información, sino: da información para hacer qué? ¿Qué cuestión plantear a esta información hoy omnipresente? Y saber plantear una cuestión a un *stock* de informaciones requiere previamente una *competencia*. Por eso los discursos que confunden el acceso a la información y la competencia necesaria para saber utilizar la información son engañosos. Por ejemplo, la idea según la cual Internet permite a los médicos intercambiar informaciones de un extremo al otro del mundo acerca de un diagnóstico, o un tratamiento, para salvar vidas humanas, es típicamente el género de referencias que legitima Internet. Lo mismo para la meteorología, las catástrofes naturales, las epidemias...

³ Cfr. el artículo de F. Pisani «Internet soumis a la propriété artistique et intellectuelle», *Le Monde*, 24 de diciembre de 1996.

Pero en cada ocasión se confunden dos fenómenos: la estrecha especialización necesaria para que el intercambio de información sea posible, *con* la facilidad de acceso. La rapidez de intercambio y de interacción no reduce en nada la jerarquía de los saberes y de las competencias. Si uno no es médico, no sirve de nada acceder inmediatamente a un diagnóstico. *La facilidad de intercambios no modifica en absoluto la jerarquía de los saberes ni la distancia entre las competencias.* Nada sería más demagógico que ver en ello las primicias de una república de sabios para todos. La existencia de una demanda no es tampoco forzosamente sinónimo de progreso. Ante todo, porque la demanda, a través de las nuevas técnicas, exige previamente la existencia de una *infraestructura* a partir de la cual pueda surgir. Existe, pues, siempre una oferta previa a la demanda. Después, si las nuevas técnicas de comunicación favorecen los intercambios, llega un momento en que se manifiesta una cierta laxitud. Todo puede intercambiarse, cualquiera puede acceder a todo... ¿y después? ¿Para hacer qué? ¿Para qué proyecto? En una palabra, las nuevas técnicas no crean una nueva cultura o nuevos saberes: dependen siempre de culturas y saberes *anteriores*. Por lo demás, la comparación con los media de masas es esclarecedora. Si éstos han tenido el eco que conocemos, ha sido, por supuesto, porque constituían una innovación técnica, pero ha sido sobre todo por que, anteriormente a ellos, había existido un proyecto político de democratización de la cultura. ¿Cuál es hoy el proyecto *exterior* que subtiende las nuevas técnicas de comunicación?

¿Para qué, con qué fin, acceder desde nuestra casa a la biblioteca del Congreso, o a la de Alejandría? El avance técnico y la autonomía de la demanda no constituyen un proyecto. Los conocimientos son ilimitados, pero nadie puede acceder a *todos* los conocimientos. Y los conocimientos sólo valen en relación con un contexto y un proyecto. Dicho de otro modo, el conocimiento se inscribe en una *relación* que lo estructura y le da un sentido. Si uno no tiene un proyecto, ¿de qué le sirve poder acceder a todas las informaciones? y entre el proyecto y uno, se necesita un intermediario, las más de las veces humano.

La idea de un acceso directo, sin la ayuda de un especialista, es decir, sin el saber del *documentalista*, es una ilusión. Cuanto más numerosos y complejos son los mensajes, más se necesitan los intermediarios. Pero lo característico de las nuevas técnicas es crear la ilusión de una comunicación directa, mientras que hará falta, mañana, revalorizar los dispositivos de conexión (*interfaces*). En los próximos años el oficio de documentalista será esencial, en proporción al volumen de informaciones y de

conocimientos al que se pueda acceder. Una de las paradojas de esta situación de «comunicación directa» será, sin duda, revalorizar los intermediarios de los que pensaba desembarazarse.

Iv. Ralentizar

¿Qué es lo que más nos fascina? El *tiempo* que se gana con las nuevas técnicas de comunicación. ¿Pero para hacer qué? ¿Qué se pierde y qué se gana en esta nueva situación? Ganar tiempo no constituye un proyecto. Cuestión tanto más pertinente por cuanto hace treinta años todo el mundo estaba *ya* convencido de que la llegada del ordenador haría ganar un tiempo considerable y permitiría a los hombres dedicarse a actividades más enriquecedoras. El resultado no es convincente, y sin embargo hoy renacen las mismas promesas...

El gran *error* de las técnicas de comunicación es encarnar la idea de un *cortocircuito* histórico que es el sueño de Occidente. Pero las sociedades, como los individuos, no pueden escapar al tiempo, y la gran ventaja de la experiencia de estos treinta últimos años es mostrar que el tiempo ganado por las tecnologías de la información no ha permitido ni a los individuos ni a las sociedades ganar nada. El *tiempo comprimido* que aproxima futuro y presente hasta el punto de confundirlos, debe ser compensado por una valorización de la *memoria*. No para vivir en el pasado, sino para escapar a la tiranía del presente y reintroducir un relieve. Para que el futuro tome forma de nuevo, hay que *ralentizar* el tiempo, reintroducir relieve, es decir, memoria. Recordar, como ejemplos confirmativos, la *distancia* constante entre la aceleración de la circulación de la información y la extrema lentitud de evolución de las sociedades. Recordar también que el tiempo del acontecimiento no es siempre el de la información, y menos aún el de la sociedad. Recordar, por último, que el avance del tiempo técnico no tiene nada que ver con el de los individuos y las sociedades, y que cuanto más se comprime el tiempo por un lado, más hay que descomprimirlo por el otro. Lo que se llama el triunfo de la *cultura del «zapping»* ilustra este fenómeno. Se quiere acceder a todo, como se hace *zapping* de un programa a otro. Se rechaza la *integralidad*, y en consecuencia el tiempo que la acompaña: sólo se consumen «condensados» y «abstractos». Luchar contra el *zapping* es reintroducir la idea de duración y de un tiempo completo, en oposición a la ideología de la comprensión, que hallamos en el centro del éxito de lo multimedia. Lo *multimedia* es *rápido, un poco de todo, acerca de todo*. Como si el *zapping* permitiera hacer la economía de la prueba del tiempo. La cuestión justa consiste en preguntarse: ¿por qué hacer circular, cada vez más deprisa, un número más y más importante de

informaciones? ¿Por qué no se dice jamás que a nivel mundial el principal beneficiario de esta aceleración del tiempo por los sistemas de información ha sido en veinte años la creación y la expansión de esa enorme *burbuja financiera* especulativa⁴ que perturba regular y salvajemente todas las tentativas de cooperación económica? ¿Por qué los economistas no denuncian esta *perversión* que hace caduco todo esquema económico? Igualmente, ¿por qué se habla del milagro de la comunicación a distancia sin hablar de las utilidades mafiosas y especulativas de Internet? Es difícil, sin embargo, evocar las delicias futuras de la sociedad de información, hecha de intercambios pacíficos, sin recordar que históricamente la emergencia de sociedades ha ido siempre acompañada de desigualdades. ¿Quién ha olvidado las violencias que se han desarrollado paralelamente a la sociedad industrial, y las que han acompañado la sociedad terciaria, las del éxodo rural y del fin de las fábricas? ¿Por qué esta sociedad habría de ser más pacífica que las otras? La omnipresencia de los sistemas de información no da origen a una sociedad de la información, simplemente porque una sociedad se organiza en torno a sistemas de valores, y no a sistemas técnicos.

Dos ejemplos. Hablar de «nuevas técnicas de comunicación», como se hace después de veinte años, es inapropiado, porque las generaciones que han nacido con ellas las consideran, al contrario, como algo que forma parte de su *presente*. Sólo para las generaciones que tienen entre treinta y sesenta años la palabra «nuevo» tiene un sentido. Segundo ejemplo: cientos de miles de empleos han sido creados en torno a la informática en los años 60 con las magníficas palabras de programador, analista de sistemas... No sólo los empleos han desaparecido, sino que los sistemas de formación y de educación que estaban demasiado calcados sobre esos empleos, ligados. ellos mismos a un estado de la técnica, se han demostrado caducos. En una visión «racional y eficaz» del tiempo, se ha querido acercar demasiado el sistema de formación y el oficio. No sólo los oficios han desaparecido, sino aquellos que los ejercían; a causa de su formación demasiado ligada a esos instrumentos, han tenido muchas dificultades para reconvertirse. El ejemplo debería ser meditado en el momento en que se nos predice un «planeta Apple» para el que habría que preparar a los niños desde ya. El hundimiento de empleos, formaciones y calificaciones de los oficios que tienen hoy algo que ver con el mundo de la informática, después de treinta años de un crecimiento casi insolente, prueban ya los *límites* del tema de moda del «planeta ciber» y del «ciberespacio».

⁴ Cfr. el artículo de P.-A. Delhommais, *Le Monde*, 18 de diciembre de 1996: «Hoy se cambian diariamente en el mercado internacional de divisas 1,3 billones de dólares, es decir, aproximadamente el equivalente al producto interior bruto anual de Francia» (extracto), y el artículo de E. Le Boucher, *Le Monde* 6 de enero de 1997: «El Banco de Francia, por ejemplo, se encuentra de hecho desprovisto frente a mercados mucho más ricos que él. Sus reservas de cambios se elevan a 122 mil millones de francos, mientras que en los mercados se cambian más de un billón de dólares por día» (extracto).

V. Revalorizar la experiencia

Limitar la influencia de la comunicación se ha convertido en un gran reto, sobre todo para las generaciones que desde hace veinte años viven en ese imperio sin fin. Y esto no significa rechazar el «progreso», sino simplemente preservar la dimensión normativa de la comunicación.

A) *Reducir la influencia de la imagen y de los teclados*

No hay relación entre el número de horas pasadas delante de la pequeña pantalla, o de un ordenador, y la realización de sí mismo. Desde ese punto de vista, el discurso dominante según el cual las quince cadenas de hoy no son nada en comparación con las cincuenta, incluso las cien cadenas que serán recibidas mañana, debe ser tomado por lo que es: una estupidez. Sí, esto es posible técnicamente, pero no tiene sentido socialmente, o lo será al precio de un estallido de todos los vínculos sociales y del encierro de cada uno en un universo esquizofrénico. ¿Cómo se puede a la vez hacerse preguntas sobre los problemas antropológicos planteados por las tres horas de consumo audiovisual medio diario en los países desarrollados y esperar con avidez la llegada de las cincuenta cadenas y de sus complementos, panoplia de todos los servicios multimedia a domicilio?

En el fondo de esas técnicas, cada una más avanzada que la otra, reaparece la *misma cuestión*: la dificultad de entrar en contacto con otro. *¿Podrá el hombre pensar durante mucho tiempo en realizarse con la prolongación de sistemas de comunicación de todas clases?* y el tema de «cibionte», puesto como ejemplo por ciertos adeptos de la revolución de la comunicación⁵, ilustra perfectamente esta contradicción. Para ellos, el hombre definido como «cibionte», es decir, como la prolongación humana de las redes, se percibe como un *progreso* en el sentido de una integración de las características técnicas y humanas. Se puede, por el contrario, ver en él el símbolo de una tecnificación completa del hombre, y no el triunfo de una humanización de la técnica. ¿Qué significa

⁵ Joel de Rosnay (*L'Homme symbiotique, Regards sur le troisième millénaire*, Seuil, marzo, 1995) describe las revoluciones mecánicas, biológicas e informáticas que llevarán a la llegada de un nuevo ser colectivo, el «cibionte»... ¡que es ir muy lejos sobre el porvenir de la tecno-utopía! "Para mí, el hombre del futuro será el hombre simbiótico. Poco diferente física y mentalmente del hombre del siglo XX, pero que dispondrá, gracias a sus conexiones biológicas, psicológicas o bióticas con el cibionte de extraordinarios medios de conocimiento y de acción (...) La emergencia de la biótica permite augurar interfaces todavía más íntimas entre el hombre y sus máquinas, lo que conducirá, principalmente, a la creación de nuevos órganos y nuevos sentidos..." (pág. 128).

esta idea del progreso en la que las técnicas «prolongan» naturalmente las características del hombre?

B) *El libro es la expresión directa para salir de las tiranías de la comunicación*

El libro, hay que recordarlo, sigue siendo evidentemente la «nueva» técnica más sofisticada, más interactiva, más móvil, menos cara, gracias a los prodigios de todas las ediciones de bolsillo, la más universal, la más libre, y sobre todo la más imaginativa en el sentido de que la polisemia de la recepción abre sin cesar nuevas vías a la interpretación. En efecto, el libro exige *esfuerzo* y *tiempo*, dos cosas que las nuevas técnicas de comunicación permiten economizar. Pero justamente el precio de ese tiempo es ese esfuerzo que se trata de *recordar* contra una cultura del instante y de la facilidad. Todos nos acordamos de los libros que hemos realmente leído, del tiempo que hemos pasado, de la prueba que eso ha constituido. Nadie se acuerda de su «navegación» en las diferentes bibliotecas accesibles por redes, salvo lo que fue la primera experiencia. El libro es también *las bibliotecas* -de las que no se recalcará nunca suficientemente su papel humanista-. Una biblioteca, real, con los olores, los locales, con los libros que se cogen, abren y se dejan reposar, y no solamente las bibliotecas virtuales. Por estas razones debería establecerse la regla siguiente: cada *franco* dado por los poderes públicos a las nuevas tecnologías debería acompañar se de *un franco* para multiplicar las bibliotecas, multiplicar las que existen, contratar bibliotecarios. ¿La fuerza irremplazable del libro? Es algo físico, diferente uno de otro, pesado, requiere un esfuerzo, y para cada uno simboliza una victoria: la de haber sido leído. Es el objeto de los más profundos recuerdos: los propios por el descubrimiento maravilloso de la lectura; los de los padres, que constituyen la cadena del tiempo. Y es el tiempo, el tiempo que nos falta para leer, la fuerza del libro. Dicho de otro modo: de su *obligación* deriva su genio.

¿Qué significa el frenesí actual consistente en multiplicar los catálogos automatizados, cada vez más completos, avanzados, interactivos? En qué ayuda esto a leer? La lectura no consiste en circular por las bibliotecas virtuales como se circula por las discotecas. El problema no es hoy el *acceso*, sino el *deseo*, problema, como sabemos, mucho más complejo. Demasiada información mata el deseo de conocer. y provoca el reflejo de repliegue, porque -hay que recordarlo- el hombre no desea convertirse en un sistema técnico. Y cada uno ha hecho esa experiencia en una librería. Una librería demasiado pequeña es insatisfactoria, pero una librería demasiado grande, y más aún una gran superficie, suscita a menudo un mayor fenómeno de rechazo, en lugar de crear un deseo de lectura. Simplemente porque la abundancia revela la imposibilidad de leerlo

todo. En materia de cultura como en materia de comunicación, el placer está ligado a la *experiencia*, y en consecuencia a la elección, siempre limitada y frustrante.

Al contrario de la lectura, evidentemente hay que revalorizar la *expresión directa*, con las artes del espectáculo, empezando por la más antigua, la más «arcaica» pero la más sofisticada de las artes de la comunicación: el teatro. Si los jóvenes pasan horas comunicándose de un extremo al otro del planeta, libres de toda obligación y de toda prueba del tiempo, es urgente recrear situaciones en las que se reencuentran al contrario las obligaciones del espacio y del tiempo. ¿No es el teatro un maravilloso ejemplo del precio, irremplazable, del «aquí y ahora»? En un cibercafé, la dificultad no consiste en conectar en la Red, sino en ser capaz de hablar a su vecino.

Desde hace treinta años se evidencia en las escuelas la existencia de *una huida hacia adelante* en los sistemas técnicos de comunicación, que teóricamente deberían «preparar» mejor a los niños a vivir en el mundo moderno. Tras la moda de la televisión que debía «familiarizar» a los niños con el mundo del mañana, estamos hoy en la instalación, urgentísima, de la informática y de lo multimedia, con el mismo argumento que se ha mostrado ayer inoperante para la televisión: a saber, que familiarizando a los jóvenes con las técnicas de comunicación de «nuestro tiempo» se adaptarán mejor al mundo del mañana... Pero se olvida decir que la mayor parte de las veces esos mismos niños disponen *ya* en su domicilio de *todas* las técnicas de comunicación; no han sido privados de ellas y son más bien tenaces usuarios. No es, pues, cierto que su mejor «preparación» a la integración al mundo moderno consiste en *ampliar* el uso de servicios y de técnicas con los que están *ya* familiarizados.

El mejor medio de prepararse al mundo multimedia de mañana no consiste en superequiper los centros escolares de televisores, consolas, soportes y teclados interactivos, sino más bien de valorizar lo que se refiere a la comunicación directa, empezando por el libro y el intercambio directo con un profesor, pero también el *teatro*, que fue, en la historia de la humanidad, la primera forma de representación y de distanciamiento respecto a la realidad. Todo está *ya* en el teatro. Sobre todo por oposición a una cultura de la comunicación tecnificada. Sentir nuestro cuerpo en el espacio, respetar las reglas de la puesta en escena, inventar las convenciones indispensables a todo juego, aprender a hablar, crear una realidad a partir de una ficción, suscitar la atención de un público, aceptar la prueba del tiempo real, son no sólo experiencias indispensables, sino sobre todo medios de relativizar la cultura de la «cibersociedad». No hay ninguna relación entre el hecho de ser un as de Internet, de conectarse en las redes, y ser capaz de hablar

en público, de aprender de memoria un texto, de interpretado, de suscitar la adhesión y, sobre todo, de crear *emoción*. Todo gracias a las convenciones más simples y más arcaicas, que afectan al desplazamiento de algunos individuos en un mismo decorado, sobre un escenario que en la mayoría de los casos... ¡no supera los 100 metros cuadrados! Hay en la convención de la regla del teatro el antídoto a un número considerable de situaciones de comunicación modernas, y el descubrimiento del carácter eternamente «moderno» del teatro. Por eso, por ejemplo, los centros escolares, en vez de invertir vampirescamente en parques de técnicas avanzadas y caras, sería preferible que reconstruyeran teatros. *Salas de fiestas*, como se decía antes, mejor que *parques multimedia*. Los parques se oxidan muy deprisa, abandonados por los niños que tienen en sus casas técnicas más avanzadas y más de moda que las existentes en los centros escolares. *La escuela no puede rivalizar con la modernidad*. Ése no es su papel, sino que, por el contrario, es su mejor remedio, sobre todo en una época en la que *sólo* hay modernidad. Contrariamente al discurso modernizador de los adultos, los niños no reclaman forzosamente que la escuela duplique la modernidad exterior, sino más bien que les introduzca en *otro* espacio discursivo, cognitivo, simbólico, que marque la *diferencia* con el mundo real. La escuela debería elegir con más intensidad la alteridad que el mimetismo, y los recuerdos que nosotros tenemos de la escuela están ligados al descubrimiento y a la alteridad. La escuela no está *en* el mundo sino *al lado* del mundo, y eso es lo que permite a los jóvenes prepararse *para* el mundo.

Es inútil, pues, querer hacer de la escuela, en el sentido amplio del término, un lugar de hipermodernidad: ésta *no* es su función. Y, una vez más, los jóvenes *no* la piden, incluso si se rebelan frente a la cultura y la tradición. La experiencia demuestra que todo acceso al patrimonio y a la cultura suscita en ellos un júbilo que *no* tiene nada que ver con el placer banal, «natural», con el que acceden a todos los bienes y servicios de la modernidad. El contrasentido consiste en decir que leerán más con los libros electrónicos, que irán más a los museos tras haber circulado por los museos virtuales... De lo que tienen necesidad los jóvenes, al contrario, es de *experiencias* de naturaleza *diferente*, y si todas las experiencias de *relación* con *el mundo* están mediatizadas por una técnica, aparecerá un riesgo de empobrecimiento. La elección *no* está, pues, entre el teatro o la sala de fiestas y los ordenadores. Está, por el contrario, en invertir en *ambos*, y más en el primero. Los enseñantes que, por amor a su oficio, son sensibles a la realidad del patrimonio cultural sufren tal presión técnica *que no se atreven* a oponerse a la ideología moderna y a reivindicar lo que a menudo estuvo en el origen de su vocación: el deseo de *transmitir* a las jóvenes generaciones el gusto del patrimonio, de la historia, del conocimiento, del tiempo, de lo inútil, sin los que no hay ni vida individual ni colectiva. Ha

hecho falta casi un siglo para reconocer que el *gimnasio* es tan importante para el desarrollo del niño como las aulas. ¿Cuándo redescubrirán nuestras sociedades que el teatro, es decir, todo lugar dedicado al trabajo de la voz y de la puesta en escena del cuerpo, es tan importante como el parque multimedia, que se ha pasado de moda antes de ser instalado? ¿Qué gobierno occidental, qué ministerio de Educación tendrá el valor de decir que para el mañana el teatro es *al menos* tan importante como el ordenador? ¿y qué cuesta menos a la colectividad? Y tras haber descubierto el gimnasio, y luego el teatro, será quizá posible revalorizar la tierra, la agricultura, como otro medio más de contrabalancear una experiencia de la relación con el mundo, demasiado centrada en la gestión de los signos. Pero el redescubrimiento de la tierra y de la naturaleza, ¿no es ya lo que se constata en los países occidentales, donde se observa un desarrollo formidable de la *jardinería*? Uno de cada dos franceses se ocupa en ello, y otro tanto ocurre en todos los países de Europa. Nadie fuerza a los individuos a la jardinería, y sin embargo, está en plena expansión. También eso se debe, sin duda, a una especie de búsqueda del equilibrio. ¿Cibernauta y jardinero? ¿El tiempo ganado por el lado de los signos permitirá sentir, en el lado contrario, la lentitud de la naturaleza? *Por* qué no. Esto completa además muy bien las otras dos experiencias de la relación con el mundo de la lectura y del teatro.

C) *Valorar la experiencia humana*

Desde hace mucho tiempo, en Occidente, se plantea el principio del vínculo entre comunicación y *acción*. Si las técnicas de comunicación se justifican siempre en nombre de una mejor capacidad de acción (cfr. los argumentos relativos al teléfono, la radio, etc.), la experiencia demuestra también que la comunicación no es siempre la mejor condición de la acción. Las nuevas técnicas relanzan este debate: ¿qué es en realidad la *experiencia humana*? Lo contrario de la comunicación mediática o de Internet. Necesita tiempo, *no* es ni comunicable ni reproducible, a menudo es el resultado de fracasos y depende de factores no dominados. Del mismo modo que la identidad es una construcción, el resultado de un proceso, y no un dato, la experiencia es el resultado de un *trayecto*, que está en el lado opuesto de la instantaneidad de la comunicación moderna. La experiencia necesita tiempo, supone una confrontación con el mundo o con otro, mientras que con las máquinas se está frente al *mismo* semejante, o al avance técnico. *Por* lo demás, *por* eso nos gustan, pues nos evitan la confrontación con la alteridad.

En efecto, con las técnicas de comunicación existe también una relación con *otro*, pero baja de tono, a distancia, amortiguada, «pasteurizada». Nada que ver con sentir al otro *en* la realidad...

Por último, el porvenir de las técnicas de comunicación se jugará en torno a la relación con la experiencia. O bien una «aculturación» es posible respecto a las técnicas, y una *forma* de diálogos se anudará entre esas dos relaciones con el mundo que son la comunicación mediatizada y la experiencia directa. O bien esa «aculturación» no es posible, y entonces podría dibujarse un serio desequilibrio antropológico, resultado de la distancia creciente entre el mundo de la experiencia y el de la comunicación. Esta revalorización de la experiencia tendría también la ventaja de valorar la duda, que es una gran característica de la cultura europea, pero que se encuentra, *hoy*, ampliamente desalojada por la racionalidad técnica. La duda es *otro* medio de recordar que el *horizonte de la comunicación humana sigue siendo la comunicación intersubjetiva y no la comunicación Internet.*

En una palabra, el hombre se enfrenta a *tres tipos de comunicación*: la comunicación *intersubjetiva* o *humana*, la menos avanzada, la más arcaica, la más lenta, la menos eficaz, pero sin duda la clave de toda sociedad; la comunicación *mediática*, condición del vínculo social; la comunicación Internet, evidentemente la más avanzada, pero cuya eficacia se mide por las dimensiones antropológicas que deja de lado. ¿La elección? No elegir, sino buscar las tres formas de comunicación. La primera porque da sentido a la vida, la segunda porque está ligada a la sociedad y a la democracia de masas, y la tercera porque está en fase con la apertura de las sociedades y el espacio en aumento de los flujos inmateriales.

Bibliografía

ANIS J. y LEBRAVE, J.-L. (coord.), *Texte et ordinateur: les mutations du lire écrire*, Ed. de l'espace européen, La Garenne-Colombes, 1991.

BERTRANO, A., *Le Droit d'auteur et les droits voisins*, Masson, París, 1991.
BRETON, P., *L'Utopie de la communication, le mythe du village planétaire*, La Découverte, París, 1995.

CASTEL, F. du, CHAMBAT, P. Y Musso, P., *L'Ordre communicationnel*, La Documentation française, París, 1990.

CASTEX, J., COHEN, J.-L. Y DEPAULE, J.-c., *Histoire urbaine. Anthropologie de l'espace*, CNRS, París, 1995.

CHÉNAUX, J.-L., *Le Droit de la personnalité face aux médias internationaux*, Droz, Ginebra, 1990.

DELMAS, R. Y MASIT FOLLEA, E, *Vers la société de l'information, savoirs pratiques, médiations*, Apogée, París, 1995.

DESSEMONTET, F., *Internet, le droit d'auteur et le droit international privé*, SIZ 92, 1996.

DUFOUR, A., *Internet*, PUF, París, 1992.

FITOUSSI, J.-P. Y ROSANVALLON, P., *Le Nouvel Age des inégalités*, Seuil, París, 1996.

FUKUYAMA, F., *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

GAUTIER, P.-Y., *Du droit applicable dans le «village planétaire», au titre de l'usage immatériel des oeuvres*, D., 1996.

ITEANU, O., *Internet et le droit: aspects juridiques du commerce électronique*, Eyrolles, París, 1996.

LAMBERTERIE, I. de, *Le Droit d'auteur aujourd'hui*, CNRS, París, 1991.

LEMOINE, P., *Le Commerce de la société informatisé*, Economica, París, 1993.

LIVET, P., *La Communauté virtuelle. Action et communication*, Eclat, París, 1994.

MATTELART, A., *La Communication-monde. Histoire des idées et des stratégies*, La Découverte, París, 1992.

MATTELART, A., *La Mondialisation de la communication*, PUF, París, 1996.

MONGIN, O., «Les tournants de la mondialisation; la bataille des interprétations», *Esprit*, n.O 226, 1996.

POIRRIER, J., *De la tradition a la post-modernité*, PUF, París, 1996. *Rapport sur la communication dans le monde*, Unesco, París, 1989.

VIVANT, M., LE STANC, C. et al., *Lamy, droit de l'informatique; informatique, multimédia, réseaux*, Lamy, París, 1996.

WOLTON, D., GIRAUO, A. Y MISSIKA, J.-L., *Les Réseaux pensants, télécommunications et société*, Masson, París, 1978.